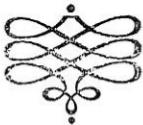


Francisco González Díaz

# TIERRAS SEDIENTAS



LAS PALMAS

Tip. del DIARIO, Buenos Aires 36

1921

## *La Graciosa*

**S**ERRANO me asegura que vale la pena el viaje a la Graciosa. Se puede ir por mar o por tierra; pero, sigase una u otra vía, se tiene que ascender o descender un camino muy escarpado, abierto entre peñascales sobre el abismo. En la cumbre está emplazada la batería que defiende el paso del Río. El sendero, accidentado y en extremo pendiente, propio para cabras, serpentea por la montaña abrupta. Peñas arriba o peñas abajo, atravesarlo resulta penosa jornada. Yo, que soy hombre de escasas energías físicas, no me decido.

Los amigos insisten:—Vale la pena, vale la pena...

—¿Pero qué veremos en la Graciosa?—les pregunto.—La Graciosa—me explican,—es una isla pintoresca e interesante. La pueblan unas cuantas familias, cerca de doscientos vecinos que viven plácidamente de la pesca y el pastoreo en una especie de comunismo encantador. Nada les falta en su destierro; la sencillez primitiva de sus costumbres y necesidades les permite bastarse a sí propios con poco esfuerzo. No anhelan, no ambicionan, y allí las inevitables luchas humanas se reducen a simples querellas domésticas. Pudo temerse que tan exiguo vecindario en un espacio tan estrecho, acabaría por de-

vorarse con ferocidad caribe, y que la agrupación se disolvería a estacazos o dentelladas; pero los *graciosos* conviven en paz. Comparten sin malas pasiones su indigencia cristiana, franciscana. Hay una iglesia y una escuela, creada hace poco. El cura les administra los sacramentos, y el maestro les enseña a leer. Cuando un extraño aporta al islote, acontecimiento estupendo, toda la población le recibe cariñosamente; le presentan el pan y la sal, como en las antiguas comunidades patriarcales. Se mata una res, en honor del forastero, se le ofrecen cántaros de leche pura y espumosa. Cada familia se disputa el privilegio de alojarle. Aquella tribu civilizada no tiene jefe reconocido, pero el sujeto más anciano, tal vez el más docto, le tributa en nombre del *pueblo*—¡pueblo feliz!—los homenajes de la bienvenida.

La Graciosa es el más bonito de los seis islotes que integran el archipiélago de las Canarias, y el único habitado. En los otros, se marca y se desvanece, a intervalos, el rastro del hombre, porque no existe una población de asiento. Se ven cabras montaraces y una muchedumbre de *pardelas*, muy perseguidas en ciertas épocas...

—Pues sabido eso, lo sabemos todo en cuanto a la Graciosa,—replico. ¿Para qué emprender una excursión que, sea por mar o por tierra, nos fatigaría? Yo no soy andarín ni ginete, ni tengo condiciones marineras.

—Sin embargo,—repite Serrano,—debemos ir allí. Le garantizo que volverá usted satisfecho. Sólo el placer de atravesar el Río maravilloso, compensa todas las molestias. Verá usted...

Convenimos en embarcarnos en el pailebot

*Carlota*, anclado en el puerto, que debe zarpar para la Graciosa al día siguiente; un velero gentilísimo, provisto de motor auxiliar, donde puede viajarse con comodidades relativas. No falta limpieza a bordo, y las camaretas son excelentes.

—Si el mar está mañana tan bonancible como hoy,—indico yo, porque con mal tiempo no me embarco.

Al otro día el mar amanece picado y revuelto, sopla una brisa fuerte que levanta marejada, y empiezo a marearme de sólo pensar en la travesía. Resueltamente no, no nos embarcamos. Contémplo en mi imaginación la Graciosa, la exploró, y dóyla por vista. Acaso será mejor que no conozca la colonia patriarcal: las cosas son mucho más bellas imaginadas que conocidas, soñarlas vale más que tocarlas. La Graciosa, observada de cerca, perderá la gracia, no cabe duda.

Se lo digo a Serrano, y queda aplazado el viaje *ad kalendas grecas*...

Entre las sombras del anochecer, blanquíssima, bellísima como una paloma que ensaya el vuelo, vemos desde el muelle pasar a la *Carlota*, las lonas al viento... El oleaje le imprime un suave yaivén. Ligera y esbelta, va saltando sobre las ondas alteradas. Parece una vaporosa nubecilla que se deshará muy pronto; algo efímero, adorable y poético en grado sumo. Se balancea, tímida, bajo el soplo del nordeste.

Nada más hermoso que esta visión de los pailebots pintados de blanco, fugitivos y saltarines en medio de las vaguedades vesperales.